

EXPOSICIONES EN LA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO

IRENE BALAS Y HENRY RASMUSSEN

Escribe: LUIS BOROBIO

La lluvia que cae sobre un estanque rompe los reflejos multicolores en infinitas formas caprichosas, cambiantes y siempre inéditas, que desaparecen y se renuevan sin que quizá las hayamos advertido. El sol ensaya en las nubes —espontáneamente modeladas por el viento— irisaciones insospechadas que nunca se repiten. La Naturaleza —en todas partes, siempre— va tejiendo formas y colores nuevos y efímeros, que se suceden sin esperar nuestra mirada. El mundo entero es una sinfonía de pintura abstracta, cuya belleza —de conmovedor lirismo— se ignora a sí propia y nos envuelve sin que la sintamos.

Nosotros mismos, a veces, creamos a nuestro pesar bellezas accidentales que olvidamos sin haberlas descubierto. Así, la radiante estrella que se dibuja en el espejo que se nos quiebra. Así, la sugestiva forma que adopta la tinta que se nos derrama. O la sinfonía colorística que, ajenos a su belleza, componemos en el salpicón de frutas con que refrescamos nuestro paladar.

De vez en cuando, un artista descubre la belleza abstracta de los colores y las formas, la plasma y —maniatada en un cuadro— nos la presenta para que la gocemos.

Irene Balás y Henry Rasmussen son dos pintores de origen europeo, que han expuesto sus obras en la Biblioteca Luis-Angel Arango. En una sola exposición nos muestran dos caminos opuestos del arte abstracto.

Irene Balás, húngara, llega al arte abstracto siguiendo un itinerario, premeditado y consciente, mediante un proceso mental de abstracción.

En sus primeros cuadros, que son figurativos —de sabor impresionista—, la riqueza de su colorido —jugoso y brillante— pierde interés al encarcelarse en un dibujo endeble que busca tímidamente el parecido fiel con los objetos representados. Pero no son estos los cuadros que nos interesan de Irene Balás. Su sensibilidad, exquisita y vibrante, se deja

arrastrar por la orgía del color y se libera de su insulso realismo. Paradójicamente, el cromatismo al romper el dibujo, busca y encuentra formas más decididas, adquiere su categoría propia y construye sus pinturas con sugerencias —cada vez más lejanas— al mundo real. Es allí donde el arte de Irene Balás halla, entre las infinitas posibilidades, la forma necesaria, el matiz preciso. Al llegar a su mayor abstracción, la artista húngara consigue los más sugestivos cuadros —vigorosos, delicados y llenos de ambiente— donde la opulencia sensual del colorido está disciplinada por una consciente elaboración de la obra, en la que la gran libertad formal está premeditada con equilibrio y precisión, y en cuyas calidades la espátula ha trabajado con soltura pero con voluntad constructora.

Si Irene Balás llega a la pintura abstracta mediante un proceso mental (aunque con mucha más intuición que razonamiento), Henry Rasmussen, por el contrario, parte de una base abstracta y deja al azar gran parte de la creación.

Posiblemente, Rasmussen ha observado ese mundo de formas bellas producido por los accidentes inconscientes: las manchas de humedad en un pared, las imprevistas armonías y texturas de una paleta, los borrones de tinta derramada...

Y el artista alemán (colombiano de nacionalidad) se limita, en muchas de sus obras, a provocar estos accidentes y dirigirlos: Practica el accidente dirigido como camino artístico. La casualidad pensada viene a ser el fundamento de la parte más interesante de su producción: Unas veces son unas manchas de pintura dejadas caer y frotadas en cierto sentido; otras, es la nerviosa textura que produce en la materia el despegamiento de una superficie... Experimentos interesantes y muy propios de un artista que no es un profesional de la pintura sino un aficionado (aunque con apasionada afición). Muchas veces el accidente que produce el cuadro está guiado por el ingenio más que por la sensibilidad, y esto hace que la obra tenga más interés anecdótico que emotivo.

Estos cuadros "accidentales" son —aunque resulte paradójico— sus mejores cuadros: los más expresivos. Cuando busca una pintura más elaborada y consciente, su obra peca de frialdad, pierde lozanía y se ensucia el color. Rasmussen es un pintor aficionado y son precisamente sus ensayos de aficionado su mejor pintura; y, por el contrario, sus intentos de profesional son lo menos interesante de su producción: Es mejor pintor cuando menos pintor quiere ser. Por eso también suelen ser mejores sus témperas que sus óleos, ya que, por su simplicidad, requieren menos materia y menos oficio.

La exposición de la Biblioteca Luis-Angel Arango nos propone dos ejemplos: uno de arte profesional y otro de arte de afición. Rasmussen es un pintor aficionado ejemplar: sus obras están hechas con cariño y espontaneidad, y, a pesar de su belleza o expresividad, no pierden ese sentido de "pasatiempo" que debe exigirse al arte de un aficionado. Irene Balás es una ejemplar pintora profesional, con deseo de superación, que le lleva a un trabajo intuitivo pero eficaz.